



Capítulo 648: Caos en el inframundo

Mientras que Virgilio se permitió, aunque fuera por breves momentos, reconectarse con su esposa y la frágil normalidad de su hogar, en otras partes del inframundo alguien estaba lejos de cualquier sensación de consuelo.

Muy lejos.

La atmósfera era demasiado silenciosa.

Los archivos flotaban en el aire como espectros de papel, girando lentamente alrededor de una mesa de obsidiana tallada con sellos antiguos. Símbolos arcanos pulsaban en tonos bajos de rojo y negro, proyectando sombras irregulares en las interminables paredes de la habitación.



En el centro de todo, Amón.

"En serio... ¿qué crees que estás haciendo?" Él murmuró.

Se pasó una mano por la cara, exhausto, mientras sus ojos escaneaban los informes suspendidos. Cada documento tenía marcas de problemas, sellos rotos, caos en la tierra, demonios que desobedecían órdenes, contratos mal finalizados, colecciones fallidas, invocaciones equivocadas, en resumen... Puro caos.

A pesar de todo, hubo un detalle que le impidió perder completamente los estribos.

Vergil.

Amón soltó una risa breve y sin humor.

"Debería quejarme", no le dijo a nadie en particular. "Pero no puedo negarlo... el niño resolvió un problema que me había estado dando dolor de cabeza durante años."

Con un gesto, tres símbolos se iluminaron en el aire—nombres antiguos, envueltos en energía caótica.

"Las tres reinas demonios locas," continuó, en un tono calculado. "Silencio. Estable. Casi... domesticado."

Hizo una mueca. "Eso por sí solo debería haber destruido casi todos mis problemas."

Amón apretó el puño, dispersó los símbolos y arrojó un puñado de informes sobre la mesa. El impacto resonó en la habitación vacía.

"Gané paz por un lado", murmuró, levantando la mirada hacia el vacío que había sobre él. "Y la balanza decide jugar conmigo."

El siguiente archivo se abrió solo.

El nombre brillaba en rojo intenso.

Lilith.

Amón se puso serio.





"...Desapareció", dijo en voz baja.

Cruzó los brazos, su mente trabajando rápido, conectando eventos, flujos de poder y rastros que casi nadie podría notar.

"Ingrid no es capaz de esto", concluyó. "Ella no alcanza este nivel. Ni siquiera en sus sueños."

Otro gesto.

Se proyectaba un mapa del Abismo, con infinitos pisos descendiendo como una espiral sin fin.

"Zafiro pasó un mes en el Abismo," analizó. "Pero ella no descendió lo suficiente. Como máximo, piso ochenta y nueve." Sus ojos se entrecerraron. "Ella no llegó tan lejos como Lilith."



El silencio se extendió nuevamente.

Amón respiró profundamente. "Entonces sólo quedan dos posibilidades."

Poco a poco surgieron en el aire dos nombres, pesados como frases.

"Sephirothy..." Hizo una pausa, como si el nombre en sí tuviera un sabor amargo. "...y Neberius."

Amón se reclinó en su silla, con los dedos entrelazados frente a su cara.



"Y si alguno de ellos está involucrado," murmuró, "eso deja de ser un inconveniente."

Su mirada se endureció. "Eso me preocupa... Sephirothy ha estado en un sueño profundo durante mucho tiempo, desde que decidió convertirse en madre y selló sus propios recuerdos... después de que casualmente las tres hijas hicieron que Vergil activara su sangre demoníaca... ah... qué desastre," dijo, poniéndose las manos en la cara con frustración.

"No quería que las cosas llegaran a este punto." Dijo levantándose del sillón, lo cual ya era bastante incómodo. "No estoy en contra del regreso de la progenitora, pero... si alguien quiere usarla... eso va a ser un problema." Dijo Amón, suspirando nerviosamente.

Amón se inclinó lentamente y recogió el papel que se había resbalado de la mesa. Tan pronto como lo tocó, los sellos de seguridad se disolvieron silenciosamente, revelando el contenido oculto. En el centro de la hoja, una fotografía cristalizada por arte de magia: un hombre de cabello plateado, con la mirada demasiado aguda para alguien que todavía se llamaba mortal.



Era un expediente.

Uno de los muchos que Paimon le había dado no hacía mucho—, pero éste, en particular, insistió en molestarlo.

"Dante Sparda," leyó suavemente. Debajo del nombre, los símbolos y números se reorganizaron formando nuevas líneas de texto. "Y su organización... 9.9.9."

Amón frunció el ceño y se rascó el costado de la cabeza con dos dedos, pensativamente.



"¿Por qué me molesta tanto que un traidor a su propia raza quiera destacar?"
Él murmuró. "He visto cientos como él."

Pero aún así, algo no cuadraba.

Dejó que el expediente volviera a caer sobre la mesa y miró fijamente el vacío que tenía por delante. La habitación parecía oscurecerse, como si respondiera a la gravedad de sus pensamientos.

"El Torneo Celestial va a ser un gran escenario," dijo, con la voz ahora más firme. "Un escenario demasiado grandioso para las coincidencias."

Amón respiró profundamente.

"Entonces... comience el plan de contención."

La oscuridad detrás de él se retorció.

No como una sombra ordinaria, sino como algo vivo—grueso, profundo, consciente. Tres fisuras se abrieron en el propio cuerpo de Amón, como portales de pura autoridad demoníaca, y de ellas surgieron tres presencias distintas.

El aire se volvió pesado.

El primero en manifestarse fue Bael.

Alto, imponente, vestido con una armadura negra marcada con antiguas runas de mando. Sus cuernos curvos parecían una corona de guerra y sus ojos rojos





brillaban con absoluta disciplina. Un manto de densa energía lo seguía, como el eco de miles de pasos de marcha sincronizados.

Un general por naturaleza.

Bael se arrodilló inmediatamente y plantó una rodilla en el suelo de obsidiana.

"Sí, Señor Amón," dijo, con voz profunda y reverente.

Sin esperar más, se levantó, se volvió y desapareció en un abismo de guerra— llevándose consigo la promesa de legiones organizadas, listas para actuar.

La segunda presencia fue Morax.

A diferencia de Bael, Morax apareció con una sonrisa torcida en sus labios. Llevaba túnicas demasiado elegantes para un demonio, adornadas con oro y piedras infernales. Su cuerpo emanaba poder puro, pero sin el peso de la disciplina— era arrogancia refinada, exceso de confianza, una fuerza que nunca necesitaba pedir permiso.



Sus ojos dorados escanearon la habitación, luego a Amón, como si evaluara límites.

"Iré al mundo humano", dijo casualmente, casi aburrido. "Ahí es donde las cosas siempre se salen de control primero."

Él no se inclinó.

Simplemente se giró, disolviéndose en partículas de luz oscura, como alguien que sabía exactamente cuánto podía atreverse sin ser castigado.

Finalmente se formó la última presencia.

La temperatura bajó.

Los focos emergieron lentamente, como si estuvieran moldeados por el agua misma. Su largo cabello parecía flotar incluso en el aire seco y su piel reflejaba un brillo suave, casi lunar. Había algo fascinante en sus ojos — profundos, tranquilos, peligrosamente atentos.

Se inclinó ligeramente, en un gesto elegante.

"Temo que el mejor curso de acción sea observar a Virgilio, mi señor", dijo, con su voz femenina tan suave como una marea tranquila antes de una tormenta. "Aunque creo que las tres reinas intentarán interferir..."



Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

"...Todavía puedo infiltrarme. El agua siempre encuentra la manera."

Levantó la mano y se formaron símbolos líquidos en el aire—representaciones de los cuatro reyes principales, conectados por líneas de poder inestables.

"Permaneceré vigilante respecto a sus movimientos", continuó. "Y cualquier cosa... que intente escapar del flujo natural."

Amón observó cómo los tres caminos se desarrollaban ante él.

War.

Caos.

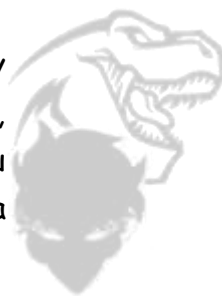
Vigilancia.

Cerró los ojos por un breve momento.

"Informes constantes," ordenó. "Cualquier irregularidad, por pequeña que sea, nos será enviada a mí y a Paimon."

Los focales asintieron.

Y luego, como una gota de agua cayendo al océano, desapareció. "Me estoy haciendo viejo... ¿es hora de darle mi puesto a alguien?" Amon preguntó, sentándose nuevamente en su sillón e inclinándolo para mirar el techo de su oficina. "Pfff..." Se rió, "Como si alguien además de Sepphirothy pudiera reemplazarme. Pero esa miserable mujer está tramando algo grande..."



El lugar no tenía nombre.

En la parte más profunda del infierno, bajo capas que ni siquiera los demonios comunes se atrevían a cruzar, existía un espacio aislado del concepto mismo del caos. Allí el fuego no rugió. Las sombras no susurraban. El tiempo parecía... más lento.

Una vasta caverna, tallada en roca negra pulida como obsidiana antigua. Las runas arcaicas brillaban suavemente en las paredes, no como sellos de prisión, sino como barreras de ocultamiento—capas sobre capas de absoluto secreto. Ninguna deidad observó. Ningún rey infernal escuchó.



En el centro del espacio, un área pequeña y sorprendentemente simple.

Un banco de piedra. Y encima de ella, Sephirothy.

Se sentó con una postura tranquila, casi serena, sosteniendo un paño empapado en un líquido oscuro y ligeramente luminoso. Sus movimientos eran lentos, cuidadosos, como si cualquier gesto brusco pudiera romper algo demasiado frágil para ser reparado.

Frente a ella, tumbada sobre una superficie moldeada directamente de la roca, estaba Lilith.

El Progenitor de todos los demonios.

O, al menos, lo que quedaba de ella en ese momento.

Lilith durmió profundamente, su cuerpo todavía estaba marcado por sutiles fisuras de energía—cicatrices invisibles dejadas por algo que no debería haberla alcanzado. Sus cuernos estaban intactos, pero opacos. Sus alas, retraídas, casi imperceptibles. Su respiración era constante... pero demasiado lenta para alguien como ella.

Sephirothy limpió cuidadosamente el cuerpo de la otra, eliminando rastros de sangre seca, polvo abisal y fragmentos de energía corrupta que insistían en aferrarse a su piel. Ella no tenía prisa.

Cada gesto fue preciso.





"Espero que te despiertes pronto, mamá", murmuró, casi en un susurro, mientras le limpiaba el hombro a Lilith. Su voz era baja, controlada, pero tenía algo antiguo. No ira. No desprecio. Cansancio.

La tela brillaba un poco más al tocar una de las marcas, disipándola lentamente.

Lilith no reaccionó.

Sepphirothy suspiró.

Inclinó ligeramente la cabeza, observando el rostro dormido del Progenitor de los Demonios y Reina de Succubi.

Incluso inconsciente, Lilith todavía emanaba poder, como una tormenta atrapada bajo un espeso hielo.

"No podré quedarme aquí mucho más tiempo..." La voz de Sepphirothy salió baja, casi cansada, como si incluso el sonido fuera un esfuerzo. No fue una frase dirigida a Lilith— fue un cálculo dicho en voz alta, una comprensión inevitable.

Bajó la mirada hacia su propia mano.

La piel, una vez perfecta, presentaba fisuras casi invisibles, como porcelana sometida a una presión excesiva. Entre estas grietas sutiles, el Vacío pulsaba —no como energía activa, sino como ausencia. Una nada corrosiva, silenciosa y paciente.

El precio.





La exposición prolongada estaba pasando factura. "...Maldita sea", murmuró, cerrando lentamente los dedos. "Tendremos que cambiar de ubicación nuevamente."

Había irritación allí, pero no miedo. Sólo el cansancio de alguien que se había escapado demasiadas veces como para seguir fingiendo que no tenía ningún coste.

Dirigió su atención hacia Lilith.

Con una delicadeza casi ritualista, Sephirothy pasó la tela una última vez por el cabello de su madre, disipando el residuo final de energía extraña que aún se aferraba a los mechones negros. El resplandor residual se desvaneció, dejando sólo la presencia latente—contenida, herida, pero viva.

Sus dedos vacilaron.

No está fuera de duda.

Sin memoria.

"Eras tan hermosa... y tan poderosa... cuando nací," dijo, con un tono demasiado neutral para alguien que mira a su propia madre en ese estado. "Todo el infierno se doblaría cuando pasaras."

Deslizó sus dedos sobre el rostro de Lilith, trazando los contornos de sus rasgos ahora inmóviles.





"Pero alguien intentó quebrarte..." continuó. "...y logró destruir casi toda la belleza y alegría de la mujer que eras."

La sentencia no conllevaba odio.

Llevaba consigo la realización.

Silencio respondido.

Las runas talladas en las paredes pulsaban suavemente, sin reaccionar a la magia, sino a la intención detrás de las palabras. Sin alarma. Sin rechazo. Sólo reconocimiento.

Sephirothy respiró profundamente.

Luego se inclinó.

Se acercó al cuerpo de Lilith con absoluto cuidado, como si cualquier movimiento repentino pudiera alejar lo poco que quedaba. Sus manos ahuecaron la cara de su madre y sus pulgares descansaron suavemente sobre sus frías mejillas.

Por un momento cerró los ojos.

Y luego, lentamente, presionó sus labios contra los de Lilith.

El beso no fue apasionado.

Fue funcional.



Preciso.

Un conducto.

La energía demoníaca fluía de Sepphirothy a Lilith de manera directa, eficiente y sin desperdicio—, un flujo profundo y antiguo, reconocible sólo entre los lazos de sangre y poder. Las runas circundantes reaccionaron inmediatamente, estabilizando el proceso y absorbiendo cualquier exceso.

Lilith respiró un poco más profundo.

Casi imperceptible.

Pero real.

Sepphirothy mantuvo contacto durante unos segundos más de lo necesario, incluso sintiendo el Vacío ardiendo debajo de su piel. Cuando se alejó, tenía los ojos abiertos—atenta, firme, decidida.

"Descansa," susurró, con la frente casi tocando la de su madre. "Todavía estoy aquí."

Tan pronto como Sepphirothy se puso de pie, escuchó un sonido y, al darse la vuelta, vio a Neberio.

"¿Lo lograste?" ella preguntó.

"Encontré Lujuria", dijo Neberius, "Pero esto no te gustará en absoluto"

